



REVISTA PSICOGENTE
ISSN 0124-0137
Universidad Simón Bolívar
D i c i e m b r e 2 0 0 6 •
Vol. 9 • No. 16 • 68-74

LA PSICOLOGÍA SOCIAL: FUNDAMENTOS DEL ORDEN Y CAMBIO SOCIAL

ELIZABETH SALCEDO OCHOA*

RESUMEN

En este trabajo se hace referencia a la definición, justificación, fundamentación y problemas propios de la psicología social, destacándose, a partir de un famoso experimento de Sherif, el origen psicológico de las normas sociales.

Palabras clave: Psicología social, norma.

ABSTRACT

This work makes reference to definition, rationale, theoretical background, and issues of social psychology; being emphasized, from a famous experiment of Sherif, the psychological origin of social norms.

Key words: Social psychology, norm.

Partamos de un hecho importante: la vida social está regulada por costumbres, tradiciones, modas, reglas y leyes, que enmarcan y definen actividades que se llevan a cabo de manera cotidiana. Esto se ha dado gracias a los acuerdos entre personas, como consecuencia de contactos, relaciones y negociaciones entre los humanos y las normas sociales establecidas por los mismos.

La psicología social aborda los anteriores asuntos como elementos básicos de la ciencia psicológica y por lo tanto, imprescindibles en el ejercicio profesional del psicólogo. Asimismo, esta forma de la ciencia psicológica apunta a develar el “ser social” de la persona humana, a entenderle y

* Psicóloga. Magíster en proyectos de desarrollo social. Docente y coordinadora Universidad Simón Bolívar en el área de psicología social.



comprenderle, para que, por un lado, cree nuevas y mejores formas de relacionarse socialmente y, por otro, libere y expanda sus incontables posibilidades personales, en la perspectiva de un proceso continuo de desarrollo humano.

La psicología social aparece, entonces, como la disciplina que produce conocimientos y tecnologías mediante las cuales el ser humano se conoce a sí mismo para reinterpretarse como ser social y agente de transformación. Es importante, sin embargo, convertir esa base disciplinaria en un ejercicio profesional sinérgico para el desarrollo de las personas y para el mejoramiento cualitativo de las relaciones sociales.

También, es necesario resaltarla como disciplina científica autónoma, sabiendo no obstante que trae consigo problemas epistemológicos de la ciencia psicológica y responde al objeto de estudio de la misma.

Al respecto, Rollo May plantea que “si pensamos estudiar y comprender al hombre, necesitaremos un modelo humano, una especie de “Ciencia del hombre” activa sobre la que se pueda fundamentar la psicoterapia, es decir, una teoría activa que permita entender y clarificar las características específicas y distintivas del ser humano”.

A su vez, Habermas propone tres funciones y procesos de la llamada acción comunicativa e igual número de componentes estructurales del mundo de la vida: cultura, sociedad y personas.

De acuerdo con estos planteamientos, cabe resaltar que hoy por hoy la psicología se

considera una disciplina básica en la formulación de una posible ciencia del hombre, pues, se ocupa del conocimiento de la materialización más concreta del género humano según condiciones culturales, sociales y políticas.

Sin embargo, es preciso considerar que, para la psicología contemporánea la persona humana es un sujeto social, cuya realización plena solo acontece en la relación con los otros.

Además, el humano, como ser autónomo capaz de autoevaluarse y de influir abiertamente en el entorno que lo rodea, siempre ha pretendido dar respuesta a los miles de interrogantes que con el transcurrir de la evolución social le han surgido. Algunas de esas inquietudes podrían rotularse como existencialistas, dada la complejidad y a veces imposibilidad de responder preguntas como: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?, cuestionamientos que hasta ahora carecen de respuestas rotundas.

Ahora bien, cuando se pregunta ¿qué es la psicología social?, aparecen imágenes como: una madre cuidando tiernamente a su hijo, un hombre blanco colérico arrojándole una piedra a un estudiante negro, dos amigos conversando, un candidato a diputado pronunciando un discurso, un partido de fútbol, un hombre escribiendo, entre otras, pues, se supone que la idea que surge alrededor de estas situaciones refleja el interés de los psicólogos sociales por explicar y comprender la influencia de las personas entre sí (Morales, F. 1999).

La psicología, como ciencia que estudia la psiquis de la humanidad ha interpretado

ciertos fenómenos que se dan a su interior, acudiendo a recursos que indagan su parte física y mental y, por supuesto, a la relación entre éste y sus semejantes. Son muchos los enfoques establecidos en esta ciencia y lo que se pretende en últimas es que cada quien sea capaz de conocerse a sí mismo, que identifique los principales elementos de su actuar, de su pensar y, en general, de su vivir.

Retomando los interrogantes citados, en el caso de la psicología social, son pertinentes los siguientes: ¿por qué el hombre actúa de la forma en que lo hace en determinados contextos sociales?; ¿qué ocurre cuando se dan cambios bruscos en nuestro entorno?; ¿es el humano capaz de adaptarse a las nuevas exigencias?; ¿qué es en sí la sociedad?; ¿qué implica la relación hombre-sociedad? Puede decirse que a través de los cuestionamientos surge una primera aproximación al concepto de psicología social como fundamento mediador y crítico de lo que el individuo expresa mediante sus acciones en contextos colectivos. Así, la psicología social enfoca el pensamiento, analiza las actitudes y elabora un inventario de lo que ocurre en ambos planos, con un prisma objetivo y vivencial.

Por consiguiente, para la psicología social, es importante comprender los acontecimientos psicológicos que tienen lugar en las interacciones humanas, dado que, al respecto, se necesita una explicación, una interpretación o, lo que es mejor, una fuerza emancipadora de las acciones humanas en el contexto social en que ocurren.

Es claro, entonces, que, entre el acto psicológico y el desarrollo humano, como proceso cultural y social, median las relaciones humanas y con el medio; es por esto que la

psicología social es el puente de conocimiento entre la psicología y los estudios de desarrollo humano.

Teniendo como referencia lo anterior, se pretende, en este escrito, organizar la información recopilada y presentarla de manera que refleje la importancia del comportamiento humano, el cual comprende las estimulaciones y reacciones que se establecen entre el individuo y su relación con los otros.

La vida colectiva da sentido a los procesos de crecimiento individual, convirtiéndolos en formas específicas de desarrollo humano. En efecto, no es el individuo aislado, asocial, el que transforma a la sociedad y, a la vez, es transformado. Es el individuo como ser social, como persona, el verdadero sujeto de mejores formas de sociabilidad.

Atendiendo a estos postulados, es válido remitirnos a lo planteado por Amalio Blanco cuando especifica: “si el experimento de Triplett fue el primero, el de Sherif es un hito en la historia puesto que marca la pauta para el futuro de la psicología social; en el que se comprobara empíricamente y bajo control experimental, el funcionamiento de las diversas manifestaciones del comportamiento humano.

Como se sabe, a Sherif le interesaba conocer el proceso que se encontraba en la base de las normas sociales. Para ello toma como concepto el marco de referencia, un concepto puramente psicológico, planteado con base en lo que haría un individuo cuando se enfrenta a una situación de inestabilidad carente de marcos de referencia y puntos de comparación y, de igual forma, a lo que haría un conjunto de personas

cuando se enfrenta a la misma situación. Este experimento contaba con las siguientes fases: 1. Sujetos solos (N=19) que debían estimar el movimiento de 100 estímulos cada uno. Parte de estos (N=4) repetían el experimento una semana después de haberlo hecho por primera vez, solo que el número de estímulos era ahora de 300 para cada uno. 2. Sujetos en grupos. Ocho grupos de sujetos de 2 y 3 personas. En cuatro de estos grupos, los sujetos, en primera instancia, realizan los experimentos solos (una sesión para cada sujeto) y, después, lo hacen en grupo (tres sesiones). 3. En los otros cuatro grupos se invierte el procedimiento: primero realizan el experimento en grupo (tres sesiones) y después lo hacen solos (una sola sesión).

En la primera ronda experimental, los 19 sujetos, en sí varones graduados y no graduados de la Universidad de Columbia y New Cork y cuyas edades oscilaban entre 19 y 30 años, se prestaron, uno a uno, y uno tras otro, al efecto autocinético bajo las siguientes instrucciones:

A los sujetos se les sentaba en un cómodo sillón con un rompecabezas, la sala quedaba completamente a oscuras, momento que se aprovechaba para retirar la pantalla que impedía que los sujetos se hicieran una idea de la distancia entre ellos y el proyector de estímulos (5 m.). Luego, a la voz de “¡listos!”, aparecía la luz. Por término medio, los sujetos presionaban la palanca a los 5 segundos. Dos segundos después desaparecía la luz, y los sujetos comunicaban al experimentador su estimación. Así hasta 100 veces, lo que significaba 1.900 ensayos en total. En caso de que, pasados 30 segundos, un sujeto no diera señal de vida, el experimentador apagaba la señal luminosa y anotaba como cero la distancia. Al final de los 100 ensayos,

cada uno de los sujetos completaba una hoja respondiendo a las preguntas: a) ¿Ha resultado difícil estimar la distancia que recorre el punto de luz? En caso afirmativo, el individuo debía decir las razones; b) Muestra en un diagrama cómo se movía la luz; c) ¿Te has servido de algún método para hacer más precisos tus juicios?

Lo importante en este experimento es reseñar que, en efecto, cuando las personas se enfrentan a una tarea para la que no disponen de puntos de referencia, se valen de sus propias estrategias a la hora de estimar el movimiento y ofrecen estimaciones claramente diferenciadas; en otras palabras, en estos casos, los sujetos se procuran una base subjetiva de comparación. Esto se infiere no solo de los datos cuantitativos, sino de las repuestas a la tercera de las preguntas. Además, los sujetos confiesan las dificultades para estimar las distancias debido a la ausencia de puntos de referencia (“la oscuridad no me permitió calcular la distancia”, “era difícil estimar la distancia recorrida por la luz a causa de la falta de objetos adyacentes”), y admiten haber empleado algún artificio para establecer la distancia: la primera estimación que se ha hecho, la distancia previa, la distancia estimada entre la persona y el estímulo.

En un segundo momento de este mismo experimento, se pretendía indagar si una vez que los sujetos han establecido una pauta de percepción del movimiento (una norma), persisten en ella en ocasión subsiguiente. Cuatro sujetos participaron en este estudio y, en vez de 100, fueron 300 las veces que aparecía el punto de luz: 100 en cada una de las tres sesiones que se realizaron. Los resultados muestran claramente que una vez los sujetos han establecido un punto

de vista con cuya ayuda han emitido sus juicios respecto al movimiento del punto de la luz, hay una tendencia a preservarlo y utilizarlo en ulteriores ocasiones.

El punto de referencia (norma) que emplea cada sujeto no solo es peculiar y distintivo de cada uno, sino que tiende a convertirse en consistente y estable.

Los datos que más nos interesan son, sin embargo, aquellos que dan cuenta de lo que acontece en la situación grupal, bien cuando los sujetos establecen solos la pauta perceptiva y después en grupo o cuando primero lo hacen en grupo y después cada uno en particular. Las instrucciones que se les daban en estas situaciones diferían de las primeras en un solo aspecto: “En el momento que veas la luz moviéndose, presiona la palanca que tienes delante de ti sin esperar a los otros”. Se les dijo, además, que podían pulsar la palanca en cualquier momento, sin un orden previamente establecido. Así, en efecto, lo hicieron, cambiando a su antojo el orden de emisión de sus 100 juicios, que fueron cuidadosamente consignados por el experimentador en hojas de distinto color para cada uno de los sujetos. Para identificar en la oscuridad a los participantes, cada una de las palancas se conectaba a una señal luminosa, amarilla, roja y verde, respectivamente, que solo podía ver el experimentador, llegando a las siguientes conclusiones:

1. Cuando los sujetos comienzan con sesiones individuales, los valores medios que establecen difieren considerablemente unos de otros. Cuando las sesiones comienzan con una situación grupal, se produce una convergencia inmediata entre los juicios de las personas que se va manteniendo a lo largo de las sesiones, incluida –y este es un dato especialmente relevante– la última sesión, que es individual.
2. La cercanía de las estimaciones medias en la situación grupal sugiere el establecimiento de una norma común. Se establece, pues, una norma dotada de tal consistencia que casi anula las diferencias de estimación entre los sujetos en la situación individual subsiguiente a la situación grupal.
3. Cuando los sujetos inician el experimento de manera individual y después lo hacen como miembros de un grupo, se produce también un movimiento hacia la convergencia de sus estimaciones, pero se trata de una convergencia relativa, puesto que las diferencias de medias entre los sujetos de la situación grupal es considerablemente más amplia, y en muchos casos estadísticamente significativa, que la que se produce cuando los sujetos abordan la tarea experimental inicialmente en grupo.
4. Lo que acontece cuando los sujetos abordan por primera vez la situación estimular en grupo abre de par en par las puertas al establecimiento de una norma grupal capaz de dar respuesta a uno de los grandes interrogantes planteados por Sherif. Al mismo tiempo, la existencia de una reacción conjunta evidencia las posibles bases psicológicas de las normas sociales y, de paso, la posibilidad de unas bases psicológicas del orden social. Pero no solo eso, sino que esa norma grupal

sirve de marco de referencia futuro para el sujeto. Concluye, entonces, Sherif: “Cuando un individuo se enfrenta por primera vez a una situación estimular en un concepto grupal y reacciona a dichos estímulos con la ayuda de una norma emanada del grupo, se produce una tendencia a seguir utilizando esa misma norma para reaccionar ante el mismo estímulo, incluso, cuando el sujeto ya no se encuentre dentro del contexto grupal” (1935, pp. 33-34).

El experimento también sugiere que el grupo es un instrumento de cambio; lo que fundamenta un concepto de la psicología social trabajado fuertemente por Lewin, quien argumenta, desde su experiencia como judío en la Alemania nazi, para así revertir el destino de aquel país. Su conclusión es idéntica a la de Sherif: la norma es un patrón en el que convergen las percepciones que las personas tienen del mundo, pero, también, un instrumento para cambiarlo. Así, la norma constituye una posibilidad para utilizar el grupo como un campo de fuerzas que ponemos en marcha para producir un cambio en las personas.

De este modo, en los escritos revisados se establece una diferenciación desde el inicio de este artículo: las manifestaciones del comportamiento humano en lo individual y en lo colectivo, que a primera vista pueden parecer diferentes, pierden gran parte de su significación en cuanto las sometemos a un muy detenido examen. Partamos, entonces, de un hecho: la psicología individual, se concreta, en el hombre aislado e investiga los caminos por los que él mismo intenta alcanzar la satisfacción de sus instintos, pero, solo muy pocas veces y bajo

determinadas condiciones excepcionales, le es dado al humano prescindir de las relaciones con sus semejantes. Así, en la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, «el otro», como modelo, objeto, auxiliar o adversario. Por lo tanto, la psicología individual es, al mismo tiempo y desde un principio, psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado.

Asimismo, las relaciones que el individuo establece con sus padres y hermanos y con otras personas objeto de su amor, esto es, todas aquellas que hasta ahora han sido objeto de investigación, pueden aspirar a ser consideradas como fenómenos sociales.

Por otro lado, la psicología colectiva, no obstante encontrarse aún en sus primeras fases, abarca un número incalculable de problemas, que ni siquiera aparecen suficientemente diferenciados. Al respecto, la simple clasificación de las diversas formas de agrupaciones colectivas y la descripción de los fenómenos psíquicos exigen una gran labor de observación y exposición y han dado origen ya a una extensa literatura.

Precisamente, lo que reflejan tales estudios, es la condición dialéctica, liberadora, estimulante, creativa en profundidad y probablemente progresista de la psicología social. Todo ello porque no se presenta como una posición fija y bien articulada, sino como un reto en medio de la crisis, ciertamente plagado de riesgos pero con increíbles implicaciones para el futuro.

En esta misión deliberada que debe cumplir

la psicología social, es de vital importancia tener en cuenta a la educación, no solo por su papel desideologizado y emancipador, sino por la relación que tiene con el cambio social.

En este sentido, uno de los aspectos a considerar por los psicólogos sociales es el interrogante sobre la aplicabilidad de sus conceptos, como también la decantación de la mirada hacia diversos campos y contextos de aplicación de los mismos, lo que constituye un ejercicio importante de reflexión conceptual y la imprescindible necesidad de trabajar en forma interdisciplinaria, como lo requieren los problemas sociales y psicológicos de las sociedades contemporáneas.

Retomando a Kurt Lewin, con su conocida afirmación “nada es tan práctico como una buena teoría”, propuesta en el contexto de una discusión sobre la conveniencia de que la psicología social aplicada haga más uso de la teoría y la psicología social teórica se acercara con menos resistencia a los problemas “reales” de la sociedad; la psicología social, en la que ha prevalecido una orientación científicista con claras implicaciones tecnocráticas, debe abrirse a una epistemología crítica hermenéutica como un fundamento tanto de sus investigaciones teóricas como aplicadas.

En consecuencia, se propone que la psicología social siga ocupándose de la persona humana como ser social, en sus tres dimensiones posibles: la persona humana en relación consigo mismo y con sus posibilidades de socialización y enculturamiento; la persona humana en relación con los demás, en sus diversas formas de sociabilidad (grupos, organizaciones y masas), y la persona humana en relación con las

situaciones concretas de existencia.

Así las cosas, se considera la importancia de la psicología social en el marco de estudio de las relaciones entre instituciones sociales y conducta individual, para lo cual debe integrarse a los campos de la antropología social, la psicología en sí y, en menor grado, a los conocimientos de las ciencias políticas y económicas. La psicología social sintetiza la información proveniente de estas disciplinas, para dar cuenta de la conducta individual dentro del contexto social. Esto da lugar a un complejo fenómeno de interdisciplina a la cual se le debe dar respuesta.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO, Amalio (2001). *Psicología de los grupos*. Barcelona.
- Revisión Bibliográfica de la Psicología Social* (Tesis, 2003). Albeiro Castro. Tutora: Elizabeth Salcedo Ochoa. Universidad Simón Bolívar.
- MORALES, Francisco (1999). *Psicología social*. Madrid: McGraw-Hill.